

pureza; particularmente vosotros, que por un santo afecto á María, venis atraídos de él, á una compañía que se juntó bajo su nombre, para perfeccionarse en la vida cristiana. Vuestro zelo ha adornado hoy este sagrado templo en que celebramos las grandezas de la magestad divina. Pero considerad que tenéis otro templo que adornar, en el que habita Jesus, y donde descansa el Espíritu Santo. Vuestros cuerpos son, amados hermanos míos, los que el Salvador ha santificado para que los respetaseis; en los que ha derramado su sangre, para que los tengais limpios de toda mancha; y los consagró para ser templos vivos de su Espíritu Santo: á fin de que adornados en este mundo con la inocencia, y la integridad, pueda adornarlos en el otro con la inmortalidad y la gloria.—*Bosuet. Sermon 2.º de los Dolores de María Santisima.*

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su varón y por adopción es padre de los hombres (a). El Padre Eterno asoció á María á una y á otra (b).

(a) Oigamos, al Discípulo amado, y sin perder nada de la humildad cristiana, aprendamos de él á conocer nuestra verdadera nobleza. Ved, hermanos míos, (aos dice en su primera Epistola Canónica) ved qué amor nos ha mostrado el Padre Celestial, queriendo que se nos llame, y que seamos en efecto hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* (\*) Es verdad que S. Juan hablaba en particular á los fieles que han creído en Jesucristo y le han recibido; pero lo que decia en particular á los fieles, y lo que les conviene especialmente, puedo yo en general, y en un sentido mas extenso aplicarlo á todos los hombres; porque á todos ellos (segun la expresion del Discípulo amado) se les ha dado el poder ser hijos de Dios, sin diferencia de meritos, sin distincion de cualidades, ni de sexos, ya seaa pequeños, ya grandes, ya pobres, ya ricos, ya vasallos, ó ya Reyes: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (\*\*)

Quiero haceros ver, que esta filiacion es una consecuencia natural de la Encarnacion, y el tercer efecto

(\*) Joan. 1. cap. 3. v. 1.

(\*\*) Idem. 1. v. 12.

de la union del Verbo con nuestra carne: *Et Verbum caro factum est*. Porque el Verbo Divino no pudo vestirse de la carne del hombre sin contraer con los hombres la afinidad mas estrecha, y en el instante que nos unió á sí de tal modo que hacemos ya con él un mismo cuerpo, no hacemos usurpacion alguna diciéndole á Dios en un sentido propio y verdadero que somos sus hijos: *Ut filii Dei nominemur, et simus*. En este sentido, San Clemente Alexandrino (hablando del Misterio de Dios hecho hombre, y engrandeciéndolo y magnificándolo las imponderables ventajas que de él sacamos) usó de aquella expresion tan fuerte cuando dixo, que Dios haciendose hombre, hizo de los hombres como otros tantos Dioses. En fin, esto no es decir que somos hijos de Dios con la misma perfeccion que el Hombre-Dios, pues él lo es por naturaleza, y nosotros por adopcion; pero ¿Acaso esta adopcion Divina no nos ennoblece bastante? ¿Podiera Dios distinguirnos mas, ni teniamos motivo para esperar un honor tan glorioso? Ni por el nacimiento, ni por ministerio de hombre alguno hemos llegado á conseguir esta grandeza. Pensar de este modo sería no conocer, ni la bajeza natural del hombre, ni la excelencia de la dignidad con que hemos sido honrados: *Non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis*. (1) Toda la gloria, pues, de este nacimiento espiritual, nos resulta de la voluntad de Dios, de su predestinacion, de su eleccion, y de su gracia; porque (no separándose nunca de nuestro misterio) si somos hijos de Dios, es por este Dios hombre, que en un mismo hombre suple reunir tambien, y enlazar juntamente su Divinidad, y nuestra humanidad; *Verbum caro factum est*. Por eso dice San Juan Chrisostomo, que el Hijo único de Dios ha venido á ser hijo del hombre; para que los hijos de

(1) Joan. 1. v. 13.

los hombres llegarán á ser hijos de Dios; y no preguntéis (añade San Agustin) ¿cómo los hombres han podido nacer de Dios? Sabiendo que un Dios ha podido y querido nacer de los hombres.—Burdaluc. *Sermon 2.º de la Anunciacion de María Santissima*.

(b) El Padre eterno no tiene mas que un solo hijo consustancial con él; es el Verbo eterno, puesto que por el Verbo eterno han sido creados todos los hombres, todo lo que existe: *Omnia per ipsum facta sunt*. Así, el Padre eterno, en ese solo Verbo que fué la causa inmediata, eficiente de la creacion de todos los hombres y de los hombres en particular, se hizo el padre de todos los hombres por la creacion. De la misma manera, María no tiene mas que un solo hijo consustancial con ella; es Jesucristo; mas puesto que de Jesucristo ha nacido la Iglesia; por Jesucristo, de su sangre, de sus dolores, han nacido los cristianos, María como Madre de Jesucristo, ella misma es tambien la madre de toda la Iglesia: *In Joanne intelligimus omnes Christi fideles quorum beata Virgo affecta est mater*. Mas no solamente María es madre y el gefe de la Iglesia y de todos los cristianos por su maternidad divina; lo es tambien por su divina caridad: San Agustin ha dicho: María es madre de Jesucristo, nuestro gefe, segun la carne; pero segun el espíritu, ella es la madre de todos los miembros de ese cuerpo divino de Jesucristo mismo, porque es por su caridad, por su amor por lo que ha hecho nacer los hijos de Dios, en la Iglesia. *María carne mater capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus, quia cooperata est caritate, ut filii Dei nascerentur in Ecclesia*.—R. P. Ventura. *Sermon de los Dolores de María Santissima*.

## CAPITULO II.

Solo el amor pudo obligar á Dios á adaptar á los hombres por hijos. (a) El sacrificio de su hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion (b) Dios consintio en él y de este modo se hizo rigorosamente nuestro Padre (c) María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion de el mundo, y de este modo se hizo rigorosamente nuestra madre. (d)

(a) Dios quiso hacerse amar: y como vió á la naturaleza humana de hielo para él, y de fuego para otros objetos; sabiendo cuanto vale en el comercio de los afectos ser el primero, y mas en quien tiene el soberano poder no se desdennó de dar los primeros pasos, y hacernos todas las anticipaciones posibles dándonos á su Hijo único, el mismo que se dá á nosotros para atraernos á sí.

Quiso Dios hacerse amar: y porque es natural al espíritu humano, recibir mas facilmente las instrucciones por los ejemplos, que por los preceptos; propuso al mundo un Dios amando á Dios, para que viésemos en este hermoso modelo, cual es el orden, la medida, y las obligaciones del amor santo, y hasta donde debe impelerla la criatura racional.

Dios quiso hacerse amar: y como era poco para nuestra flaqueza el mostrarle un grande ejemplar, si no se le daba al mismo tiempo un gran socorro, este Jesucristo que nos ama, nos enseña á amar á su Padre, para facilitarnos el camino del divino amor, se nos presenta como camino que nos guía: de modo que necesitamos tres cosas para unirnos á Dios, que son un atractivo poderoso, un perfecto modelo, y un camino seguro; todo nos lo ofrece Jesucristo, todo lo encontramos en su persona, y él solo nos es á un mismo tiempo, el atractivo que nos lleva al amor de Dios, el

modelo que nos manifiesta las reglas del amor de Dios, y el camino para llegar al amor de Dios: quiero decir; si lo entendemos, que debemos en primer lugar darnos á Dios por el amor del Verbo encarnado, debemos en segundo lugar darnos á Dios á ejemplo del Verbo encarnado; y últimamente debemos darnos á Dios por el camino y mediacion del Verbo encarnado.—Bossuet. Sermón 2.<sup>o</sup> sobre el misterio de la Encarnacion.

(b) Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenacion en Adán, nada mas razonable y conveniente sino que todo él se salvará en otro Adán mas perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad que fué ley de justicia; nada mas razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los méritos de un sustituto. Nada mas ajustado á ley de razon, sino que siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque aun suponiendo por via de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra que la completa y la explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad, porque es insignificante mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso califica-

da locura.—D. Juan Donoso Cortés. *Ensayo sobre el Catolicismo*.

(c) En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió el Señor su vida por nosotros, y así nosotros debemos estar prontos á dar la vida por la salvación de nuestros hermanos.—San Juan. *cap. 3. v. 16.*

(d) Amó María tanto al mundo que para salvarlo, entregó á la muerte á su hijo único. No perdonó á su propio hijo; sino que lo entregó por todos nosotros.—S. Buenaventura, libro 3.<sup>o</sup>

### CAPITULO III.

*La ofrenda que María hace de su hijo comenzó en secreto en el momento de la Encarnación y se manifestó en público el día de la Purificación. Desde este momento comienza á ser nuestra madre.* (a).

(a) María por un prodigio de caridad para con nosotros, y por una perturbacion aparente del órden, ha dirigido la existencia de su mismo divino Hijo á nuestra salud, y siendo como es todo un Dios, le ofreció y sacrificó por nosotros. Cuando Jesucristo quiso darnos á entender el efecto mas admirable de la caridad de su Padre celestial, dijo: que habia amado al mundo hasta entregar á la muerte por él á su hijo Unigénito: *Sic enim dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret* (1). Esto es lo que el grande apóstol llama exceso del amor de Dios para con los hombres: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos* (2). Pues el Corazon de María fué capaz de este mismo exceso. Ella entregó á su Hijo único, adorable fruto de sus entrañas, para la redencion del mundo: *Sic dilexit . . . ut filium suum unigenitum daret* (3.) con esta diferencia; que este sacrificio tan grande no pudo

(1) Joan. III. 16.—(2) Ephes. II, 4.—(3) Joan. III. 16.

costar dolor al Padre Eterno que es esencialmente impasible; pero que costó un dolor tan amargo y tan profundo á la mas tierna y dulce de las madres, que jamas encontraremos espresiones propias, para dar una justa idea de su martirio; martirio que no comenzó en el Calvario, sino desde que recibió la embajada del ángel. Luego que este le anunció que tendria un hijo llamado Jesus, es decir salvador, comprendió el significado de todo ese nombre, y vió que ella estaba destinada á dar á la luz del mundo, la víctima del género humano: consintió en ello plenamente, y por este consentimiento voluntario, se entregó á todos los dolores, y si puedo espresarme así, á todas las amarguras inseparables de su destino.—El R. P. Mac-carthy. *Sermon del corazon de María Santisima.*

### CAPITULO IV.

*Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de N. S. J. C.* (a).

(a) Desde entonces ¿qué alegría pudo gustar, ó qué consuelo recibir en su pena? En todo el tiempo en que llevo en su seno al divino Niño, en que le alimentó con su leche, en que le vió crecer á su vista, no la abandonó la cruel idea de que crecía para el sacrificio, ni pudo apartar de su espíritu las dolorosas imágenes del Huerto de los Olivos, del Pretorio y del Calvario. Lo que consuela á otras madres, era tormento para ella: si el gracioso Niño le tendia sus inocentes manos, le parecia verlas cargadas de cadenas, ó taladradas con los clavos y fijadas á un infame madero: si se sonreia al verla, si fijaba en su rostro sus tiernas miradas, ó solicitaba sus caricias, ella anticipándose á lo futuro, se figuraba ver sus ojos apagados y moribundos, su rostro

inundado de sangre y lágrimas, y todo su cuerpo despedazado y hecho una llaga. Su suplicio era perpetuo, renovándose á cada instante; y solo su amor pudo hacérselo soportar. ¿Qué digo soportar? vedla cooperar ella misma á los sufrimientos de su adorado Hijo, y venir á hacer en nuestro favor el ministerio de los rigurosos designios de su Eterno Padre. ¿No es ella quien le entrega desde los primeros dias de su vida al cuchillo de la circuncision, para que su sangre comience desde entonces á derramarse por nosotros? ¿No le lleva en sus brazos al templo para ofrecerte allí como nuestra victima, y consagrarle con solemnidad á la muerte? ¿No escucha de la boca de Simeon, que sus penas serán cada vez mas crueles hasta que la espada del dolor traspase del todo su alma? *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1).

¡Oh! si me fuera permitido añadir aquí á lo que dice el Evangelio, lo que conjeturo con verosimilitud; qué diria de los treinta años de conversaciones intimas y familiares entre Jesus y Maria en el retiro de Nazaret! ¿No fué su pasion de la que Jesus no cesó de hablar despues á sus discipulos, como objeto constante de todos sus pensamientos? ¡Ah! ¿Qué conversaciones para una madre! ¿Qué heridas para su corazon! Y sin embargo, jamás tuvo la debilidad de exclamar como Pedro: no quiera Dios, Señor, que venga sobre ti muerte tan cruel: *Absit á te, Domine*. Al contrario, inflamaba mas y mas los ardientes deseos de su Hijo; y anticipadamente se embriagaron ambos con el amargo vino del cáliz del dolor, y mutuamente se animaron á beber hasta sus heces por nuestra salvacion.—*El P. Mac-carthy. Sermon 2º del corazon de Maria Santissima.*

(1) *Luc. 11. 35.*

## CAPITULO V.

*Relaciones misteriosas entre el Paraiso terrenal y el Calvario. (a).*

(a) En medio de la sinagoga judaica se levanta un árbol, el árbol de la cruz, porque en medio del paraiso terrestre se levantaba un árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El nuevo Adán como llama á Jesucristo San Pablo, el nuevo Adán tiene sus manos para que sean atravesadas, clavadas á la cruz, porque el primer Adán habia alargado sus manos sacerlegas al árbol prohibido. Mas como el primer Adán se habia asociado una muger para cometer el pecado, el segundo Adán tambien debió asociarse una muger para expiarlo, á fin de que, dice San Pedro Crisólogo, los dos sexos concurriesen á nuestra salvacion, puesto que los dos habian conspirado á nuestra ruina: *Uterque sexus adesset ad salutem, quia neuter ad ruinam defuisset*. Así, Eva al pié del árbol prohibido nos esplica á Maria al pié de la cruz.—*El P. Ventura de Raulica. Sermon de la Virgen al pié de la Cruz.*

## CAPITULO VI.

*Maria debe ser espectadora de la muerte de J. C. (a)*  
*Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su hijo (b).*

(a) El Hijo del hombre es condenado á muerte: henchido de indignos tratamientos, exhausto de sangre y fuerzas, cargado con una pasada cruz bajo la cual parece sucumbir, es mas bien arrastrado que conducido al lugar de su suplicio. Las piadosas mugeres que concian su inocencia y le ven reducido á tan dolorosa situacion, no pueden contener sus gemidos, y llenan el aire de gritos lamentables: *Plangebant et lamenta-*

*bantur eum* (1) ¿Adónde está su madre? ¿Ha huido acaso del teatro de tan horrosa tragedia? ¿Ha ido á sepultarse en las tinieblas de su profundo é intolerable dolor? ¿Ha permanecido moribunda y desolada en su habitación? ¡Ah! está cerca de la víctima; sube con ella al monte del sacrificio, y el Evangelio no nos dice que llorase. Vé á los verdugos que despojan á su hijo de sus vestiduras, que lo estienenden inhumanamente sobre el leño fatal, y que con redoblados golpes hincan los clavos en sus pies y manos; vé correr sus lágrimas, y arroyos de su sangre por el suelo; oye que sus suspiros y gemidos se confunden con los gritos de rabia y los bárbaros insultos de sus enemigos. No está distante como las santas mugeres y los tímidos amigos del Salvador: *Stabant omnes noti ejus á lonjé et mulieres* (2), sino que asiste á este espectáculo tan cruel al pié mismo de la cruz, entre los horribles aparatos del suplicio, entre los verdugos y soldados, y tan cerca de su hijo moribundo, que no pierde de vista ninguno de sus sufrimientos: *Juxta crucem* (3). ¿Acaso el mismo exceso de su dolor la hará perder los sentidos? ¿Acaso dejará de percibir lo que pasa? ¿Un sombrero velo cubrirá su vista, cayendo en tierra desmayada y sin vida? ¡Oh prodigio! Hermanos míos, la madre de Jesús está en pié en actitud de sacerdote y sacrificador, ante el altar en que se consume el holocausto: *Stabat justá crucem Jesu mater ejus* (4) ¿Qué es lo que hace? mientras Jesús se ofrece á sí mismo á su Padre en espación de nuestras culpas, su madre le ofrece también con el mismo fin: consistente en sus tormentos, en su ignominia, y en su muerte, para que nosotros obtengamos gracia, y conjura á un Dios ofendido, para que ejerza su venganza sobre el inocente Cordero, rogán-

(1) *Luc. XXXIII, 27.*—(2) *Luc. XXXIII, 49.*—  
(3) *Joan XIX, 25.*—(4) *Idid. XIX, 25.*

dole nos perdone.—*R. P. Mac-carthy. Sermon del corazon de Maria Santisima.*

(b) Al tiempo que Jesús bajaba penosamente la larga calle que conduce á la Puerta Judiciaria, una muger penetró por enmedio de la muchedumbre: esta muger notablemente hermosa y que llevaba el sello de la honestidad impreso en su dulce y modesta fisonomía, parecia enteramente absorta en un inesplicable dolor: sufría tanto, estaba tan pálida, sus ojos que habian ya derramado sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan moribunda, tan santamente triste sobre las horrosas llagas del Salvador; que al verla las hijas de Jerusalem no pudieron menos de murmurar con acento de compasion: ¡Pobre madre! Ella se deslizó por entre el pueblo, que se apartaba por un instinto de lastimia y de simpatia para abrirle paso. Algunos fariseos de corazon endurecido arrojaban sobre Jesús cubierto de sudor y espirante de fatiga bajo el peso de su cruz, los dieterios mas insultantes; ella no los oía; los soldados estrangeros que rodeaban á su Hijo, le dirigieron gestos amenazadores, ella no los veía; pero cuando un haz de lanzas con las puntas dirigidas contra su pecho se interpuso entre ella y Jesús, salió de sus ojos in-móviles y desencajados un relámpago que reveló la sangre real de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal espresion de grandeza dolorosa y de frio menosprecio de la muerte, que los soldados sintiéndose vencidos, bajaron lentamente sus armas ante aquella heróica y santa muger. Por duros y feroces que los hubiese hecho la vida de los campamentos, ellos se acordaron de sus madres!

Maria dirigió sus pasos vacilantes hácia el Salvador, detuvo sus miradas llenas de inesplicable angustia sobre aquella figura humillada que se doblegaba sangrienta y medio desnuda bajo la ponderosa carga que la oprimía, sobre ese rostro imponente y á la vez dulce

y misericordioso que ella hubiera temido mancillar tocándolo con sus castos labios, y que hinchado, cárdeno, y cubierto de polvo y de sangre, casi ya nada conservaba de la imagen del Criador. Ella pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era aquello un ensueño horrible. Ningun gemido alivió su corazón comprimido; ningún gesto de desesperación inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir; y en efecto, hubiera muerto durante esta pausa horrorosa y solemne, si *AQUEL que mide el viento á la lana de la oveja*, no la hubiese sostenido con todo su poder divino. Jesus percibió bien pronto á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil, é inclinándose ante ella su frente que encorbaba el peso de su cruz, pronunció con voz apagada el tierno nombre de: *¡Madre!* A esta palabra que resonó como un bronce fúnebre en los oídos de la Virgen Santa, un dolor agudo le traspasó el corazón; viósele vacilar, palidecer; y en seguida doblándose sus rodillas caer sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesus al pasar había dejado sus sangrientas huellas. . . . (1).— *Orsini. Historia de la Madre de Dios y su culto.*

### CAPITULO VII.

*Sola la vista de los tormentos de su hijo basta á María para participar de sus dolores* (a) *Alusiones y figuras del antiguo testamento que confirman esta doctrina.*

(a) Si fiais al juicio de los ojos la idea que debeis formar de los dolores de María, extrañareis que yo sostenga, que sus tormentos fueron semejantes en la acerbidad á los del Hijo. Me preguntareis en ver-

(1) La tradición, apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo, refiere que Jesucristo va-

dad: ¿Donde están los azotes? Las espinas? ¿Donde aquella profunda agonía en que entregó el espíritu á su Padre? No me arguyais así. La Santísima Virgen no recibió heridas en el cuerpo, no derramó sangre, ni ménos sufrió la muerte. Solo el hombre Dios, segun el lenguaje de Isaías, cargó sobre su cuerpo con el peso de nuestros pecados, derramó su sangre preciosísima, porque solo él podia satisfacer condignamente á Dios irritado contra el pecador. ¿Mas qué? ¿No podré decir del dolor lo que escribió del deleite el Padre San Agustin? *¿An habent corporis census voluptates suas, et animus deserit voluptatibus suis?* Tienen los sentidos del cuerpo sus propias delectaciones: ¿Y se ha de privar de ellas el espíritu? Qué, no hay mas dolor que el exterior que traspasa la carne, como agudas espinas? Hay dolor interior que es la angustia, que aflige al hombre en la porcion mas noble, en el espíritu. Tal fué el dolor de María, dolor interior, dolor del alma. Vendrá tiempo; le dijo el santo viejo Simeon, en que traspasará tu alma un profundo dolor,

*ludó á su Madre con estas palabras: Salve, mater. Como se encuentra á la Santa Virgen al pié de la cruz, esa tradicion de los padres nada tiene de improbable. „La fé no se opone á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand; ellas muestran hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la Pasion está grabada en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos han transcurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo.”—Construyóse en memoria del encuentro de la Santa Virgen una iglesia, que fué consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Espasmo; allí fué, dice el P. de Gueran, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo arrastrando el leño ignominioso sobre el cual iba á morir.*

al modo de una espada de dos filos: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1). Entendedlo, dice el Santo Obispo Paulino (2), que no anuncia Simeón dolores á la carne de María, sino á su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, cuanto el acero, impelido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazón, ó corazón angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurecerse los cielos, abrirse los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz.—*Fray Pantaleon Garcia. Sermon 3<sup>o</sup> de los Dolores de Maria.*

#### CAPITULO VIII.

*Las madres, en los males que suceden á sus hijos padecen mas que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de Maria durante la crucifixion de su hijo. (a).*

(a) Apareció al fin Jesus... ¡Mas en qué estado! despojado hasta de sus últimas ropas, sin tener siquiera con que cubrir sus llagas sangrientas, sus carnes despedazadas; ¡El, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, le espusieron de este modo á las miradas curiosas y á las burlas del pueblo; despues, el Justo por excelencia se tendió sobre su cruz, este lecho de horror que por precio de su amor inmenso le ofrecia la ingratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado cruel para que pudiesen presenciarle aquellos que tanto le amaban: lleváronse, pues, á María á algunos pasos de allí, en

(1) *Luc. cap. I.*—(2) *S. Paulin. epist. 50.*

una especie de gruta natural; en donde ella permaneció de pié blanca, fria, inmóvil como una estatua de mármol (1). Llegaba de la parte de afuera un rumor sordo, semejante al zumbido que forman las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de aquel murmullo sombrío una tempestad de gritos burlescos, de sibidos y de horribles carcajadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el Hebreo se escendió á si mismo en esta ocasion.

Durante un intervalo de profundo silencio, producido sin duda por alguna nueva barbárie, que cautivaba la atencion de la multitud, se oyó un golpe de martillo, un golpe sordo, pues que al taladrar el clavo la madera, despedazaba primero las carnes. Magdalena se estrechó temblando contra María, y el discipulo predilecto se arrimó instintivamente á las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas apagado, se hizo oír todavia; á él siguieron dos ó tres mas que caian á intervalos iguales, y todo quedó terminado! „Ved cuál le elevan en la cruz,“ observó friamente un soldado romano. Juan y Magdalena se cambiaron una mirada de desolacion; dominaba en ellos en aquel momento la impresion de un sentimiento semejante al que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes no se puede socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María....

(1) *Cerca del paraje en que la mano de los verdugos enclavó á Nuestro Señor á la cruz, se vé una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fué donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su hijo. (De Geramb, tom. I, pag. 151.)*



un sudor frio cubria su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella tambien, pobre y débil muger, acababa de ser crucificada; porque jamas ningun confesor entendido sobre el potro, jamas mártir alguno en medio de las llamas, han sufrido en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

A poco se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas; la cruz se fué enderezando lentamente en los aires, y el Hijo del hombre, con la faz vuelta hácia las regiones del Occidente que aguardaban la luz tanto tiempo hacia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles. Así estaba escrito. En aquel momento, el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de gozo, y oyéronse luego estas exclamaciones: «¡Salud al rey de los judíos!—Si Dios le ama, ¡que le salve!—Nazareno, si como dices, eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz!» Y el ladron crucificado á su izquierda le maldecía tambien en medio del estoror de su agonía; el miserable se esforzaba en manifestarse judío hasta su último instante. Jesus, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ni una queja, ni un reproche se escapó de sus labios en medio del suplicio infame que se le hacia sufrir á la vista de una ciudad entera: él, al contrario, dejaba caer sobre aquel pueblo estraviado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban: «¡Oh, Padre mio! esclamó con voz moribunda; ¡Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen!»—Orsini. *Historia de la Virgen.*

## CAPITULO IX.

*Fortaleza sobrehumana con que sufre Maria la crucifixion de J. C. De este modo concurre á la expiacion del pecado como Eva habia concurrido á su consumacion (2).*

(a) En efecto, vedlo subiendo el Calvario, llevado en alas de la caridad. Acuestan al Salvador del mundo, lo acuestan encima de la cruz despues de haberle despojado de sus vestidos, despues de haberlos hechado ensangrentados á los piés de Maria. El Salvador del mundo es unido á la cruz de su suplicio con cruces clavos, y esos clavos, dice San Gerónimo, al propio tiempo que atraviesan los piés y las manos de Jesucristo, desgarran el corazon de la Madre. Todo lo que Jesucristo sufre en su corazon, el amor maternal, dice San Bernardo, mas cruel que los verdugos, lo repite en el alma de Maria. Solo un hombre que al mismo tiempo es Dios, puede morir como muere Jesucristo. Solo una muger que tiene un Dios por hijo, puede asistir á esa muerte como lo hace Maria. En la actitud firme, intrépida, majestuosa de la madre, vais á ver una nueva prueba de la divinidad de su hijo: *Stabat non degeneri spectaculo mater.* Así la actitud del cuerpo de Maria, actitud sublime, conforme á lo elevado de su condicion y de su rango, esa actitud del cuerpo no es aventajada sino por la actitud y elevacion de su alma. La Virgen mas delicada, la Madre mas desolada se muestra la mas fuerte, la mas heroica de todas las mugeres: *Stabat corpore excelsu, animo excelsior.*

No niego, dice siempre San Ambrosio, yo no niego que la Virgen ha llorado; niego solamente que Maria estuviera al pié de la cruz absorta como en un éstasis mezclado de una resignacion sublime. Lejos de temer, prosigue San Ambrosio, lejos de temer, el furor de los verdugos, se ofrece y se entrega á él. ¡Feliz si

podiera morir con Jesucristo, puesto que no puede morir por él! *Pendebat in cruce filius; mater persecutoribus sese offerebat.* Separa un solo instante su mirada de esa escena tan lastimosa para el corazón de una madre, del espectáculo de su divino Hijo desgarrado de todo el cuerpo y hechando sangre por todas sus llagas; pero muy pronto dirige de nuevo la vista á esas llagas, con ternura y una especie de gozo; reflexionando que es de estas llagas, que es de esa sangre de donde brotará la gracia de la cual saldrá la redención del mundo: *Spectabat piis oculis filii vulnera ex quibus sciebat redemptionem hominis futuram.* Y tal era la violencia, el fervor de la caridad de María, dice otro santo padre, que sufrió con un dolor mezclado de alegría la muerte de su Hijo, porque sabía que era la condición necesaria, inevitable, para la redención de toda la humanidad; *Tanta fuit Mariæ charitas, ut gaudenter sustinuerit mortem filii propter salutem generis humani!*—El R. P. Ventura. *Sermon de María al pie de la Cruz.*

## CAPITULO X.

*Fortaleza admirable de María durante la agonía de su hijo; ella renueva la ofrenda que había hecho de su vida por la redención del mundo. (a) muerte de J. C. (b)*

(a) Finalmente, es tan atento y respetuoso su amor hasta su último suspiro, que encarga el cuidado de su afligida Madre al amado discípulo, y el discípulo á su Madre *Mulier ecce filius tuus, deinde dicit discipulo, ecce Mater tua.* Mira por la última vez aquella dolorosa Madre, la vé al pié de su cruz anegada en un mar de tribulaciones y amargura, y sus ojos casi apagados van á acabar de morir sobre ella; ¡cuáles serían estas reciprocas miradas de María Santísima, y su Hijo que agoniza! ¡Qué dolorosos y secretos los tes-

timonios de su reciproco amor en esta separación! ¡Qué espada de dolor atravesaría entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificios invisibles! ¡Qué inexplicables dolores no padecería en aquel instante! ¡Y cuánto la costaría á María Santísima el ser Madre de su Dios! pero en medio de sus angustias adora la mano que la hierre; ofrece aquella hostia inocente que expira, á la justicia de su Padre; se pone de parte de los intereses de todos los hombres, que necesitaban este grande sacrificio, y nos enseña que las grandes aflicciones tienen grandes utilidades, y que los motivos de la fé son un manantial inagotable de consuelos para las almas afligidas.—*Massillon. Sermon 2.<sup>o</sup> de la Pasion de N. S. J. C.*

(b) Finalmente; no teniendo ya Jesucristo mas que hacer por nosotros en la tierra, estando consumado todo, tanto por parte de la justicia de su Padre, como por parte de la malicia de los hombres, y tambien por parte de su amor; habiéndose ofrecido ya el grande sacrificio, y cumplido las antiguas figuras, habiendo ya llenado Jerusalem la medida de sus padres; estando manifestos todos los oráculos de los Profetas, establecido el verdadero culto, vengada la gloria de su Padre, acabada la carrera de su ministerio, y no pudiendo dejar á los hombres mayores muestras de su amor, declara que todo está acabado: *Consummatum est.* Inclina la cabeza; embia hácia el cielo un fuerte clamor; expira, y entrega á su padre el espíritu que de él había recibido. Dejemos que se eclipse el Sol, que se cubra de tinieblas la tierra, que se rompan los peñascos; que se habran los sepulcros, que se confunda toda la naturaleza, que hasta los mismos enemigos del Salvador le confiesen y reconozcan; yo no quiero proponeros aquí estos grandes espectáculos: El único prodigio en que debemos pensar es en Jesucristo, á quien acaba de sacrificar su amor por nosotros: Miradle, pues, que expiran-

do en la Cruz, no se propone otro premio de sus trabajos mas que á vuestras almas: Muere vuestro Salvador, y muere por vosotros; muere en tiempo para que vosotros no murais eternamente; muere porque os ama; muere porque no le amais; ¿deberia tener limites en este punto vuestro amor, vuestro dolor, y vuestro agradecimiento? ¿No sois unos anatemas si no amais á Jesucristo crucificado?

Hoy le dicen los que asisten á su muerte en el Calvario. *Baja de la Cruz, y creeremos en ti.* (1) Pero nosotros debemos hablar en muy diferente estilo. Por lo mismo que estais en esa Cruz, ó Salvador nuestro, por lo mismo que hoy espirais en ella por nosotros, y que preferis ese trono de ignominia á la diestra de vuestro Padre, para ser en él nuestra hostia y nuestro Pontífice, por eso mismo, todo nuestro consuelo consiste en creer en vos, en adoraros como á nuestro reconciliador, y consagraros la vida que nos queda: Na bajéis de ese sagrado leño, en el que os manifestais como la única esperanza de vuestro pueblo; llevadnos á él con vos, como nos lo habeis prometido; cuanto mas cargado de oprobios os manifestais, mas se aumenta nuestra fé, mas se confirma nuestra esperanza, y mas se inflama nuestro amor. ¿Podrán acaso sernos inútiles tantas penas y trabajos como padecisteis por nosotros? ¿Habiais de haber rescatado nuestras almas á tanta costa, si quisierais dejarlas perecer? ¿Habiais de haber muerto con tanta ignominia, si al mismo tiempo que participamos de vuestra Cruz, no hubieramos de participar algun dia con vos, de la gloria de vuestra inmortalidad?—*Massillon. Sermon 2.º de la Pasión de N. S. J. C.*

(1) *Matth.* 27. v. 42.

## CAPITULO XI.

*El sacrificio de Isac, figura del sacrificio de J. C. en el Calvario: consecuencias morales de esta doctrina (a).*  
(a) Jesus es el Isac de la nueva ley, y asi es necesario que él mismo lleve la leña de su sacrificio; pues el Isac de la antigua ley solo fué figura de este, y solo llevó su propia hoguera para anunciar lo que en la plenitud de los tiempos aconteceria al verdadero Mesias.

No solo fueron sus enemigos quienes le impusieron una obligacion tan rigurosa; tambien su Padre lo habia dispuesto de este modo, cuyas disposiciones eran para el Salvador otros tantos preceptos inviolables. Por esto Abraham tomó la leña del holocausto, segun la expresion de la Escritura, y habiéndola puesto sobre las espaldas de su hijo, le mandó que caminase en este estado hácia la montaña, donde se disponia á sacrificarle; *Tulit quoque ligna holocausti, & imposuit super Isaac filium suum* (1).

Ved pues, hermanos míos, á este verdadero Isaac en quien deben ser benditas todas las Naciones; ved á este Hijo único de Dios que se presenta, llevando el leño de su holocausto sobre sus sagradas espaldas, y en su corazon el fuego que debe servir para consumarle, esto es, el de su divina caridad. El que en la mansion y esplendores de su gloria celestial está sentado sobre todos los coros de los Angeles; el que se manifestó con tanto esplendor en el Tabor en medio de Moises y Elias, ahora se deja ver acompañado de dos infames ladrones. Todo el cielo está atento á este espectáculo, y en efecto jamas hubo otro mas digno de su atencion.—*Burdaloue. Exortacion sobre J. C. llevando su Cruz.*

(1) *Genes.* 22. v. 6.

## CAPITULO XII.

*J. C. quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomparables á María cuyos sufrimientos se hicieron por lo mismo extremos é incomparables (a).*

(a) Ay, católicos! despues de Jesus en la Cruz, qué cosa mas digna de asombro que María al pié de ella? Es verdad que allí se halló el Discípulo amado, que allí estaba la Magdalena; pero en el Discípulo amado solamente se animaba un corazon de Apóstol, en la Magdalena un corazon de amante; pero en María ademas del corazon de Apóstol y de amante hay el corazon de la madre mas tierna. Aquel rio, por explicarme con expresiones de la Escritura, aquel rio abrasador de amor puro que baña é inflama los santos, desaguaba casi entero en el alma de María, inundándola, abrasándola. Los santos aman, pero María era el amor mismo. Qué viene pues á buscar al Calvario el espectáculo de un hijo moribundo, espectáculo digno de María, y espectáculo que á cualquiera otra madre se la vituperaria que no huiese de él. María es madre de un Dios: y oh! ella sabrá desempeñar dignamente esta grande y augusta calidad. No lo hará la madre de Moises, que riega con sus lagrimas la arena que arroja á la corriente del Nilo; no Jacob que baña con su llanto la túnica ensangrentada de Josef; no Jephthé que condena con su pesar y arrepentimiento la imprudencia de su temerario voto; no David que quiere enterrarse en el sepulcro de Absalon. En fin todo lo que sucede en el monte Calvario es digno de aquel Dios que se ofrece en sacrificio. María ama á Jesus como á hijo suyo, pero todavia le ama mas como á su Dios: amale como él quiere ser amado, amale como él se ama á sí mismo; y sí le mira como al objeto de su

amor, no menos le mira como á su ejemplar: porque cargando mas la consideracion sobre las virtudes de que en la Cruz le da ejemplo, que sobre el tristísimo suceso que la priva de su hijo, lo que con él padece, lo padece como él, hablando con la devida proporcion. Colocadas están entreambas victimas sobre un mismo altar; un mismo golpe las hiere; un mismo fuego las consume; una misma constancia las sustenta. En la fortaleza de la madre se hecha de ver, dice San Ambrosio, la divinidad del hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo.* Si era propio de un Hombre-Dios morir como muere Jesus, solo era propio de la madre de un Hombre-Dios asistir con una constancia tan heroica al terrible espectáculo de un hijo moribundo, y de tal hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo.*

Si Magdalena mezcla sus lágrimas con la sangre de Jesucristo; si impellida del agudo é impetuoso dolor que la penetra, corre á buscar en el sepulcro el consuelo de llevar el cuerpo sacrosanto del Salvador, es porque el corazon humano no es capaz por lo comun de otro amor mas tierno, y porque un amor tan fino no puede residir en nuestro corazon con mayor sosiego. Pero el amor de María es mucho mas ardiente, y la madre de un Dios ama de un modo diverso. No hay amor mas triste ni desconsolado que el suyo, pero es el amor mas magnanimo; porque acendrado, ennoblecido, levantado por la santidad y magestad de su origen á mas sublime esfera, y grabado con el sello de la divinidad de su hijo, no se digna de pedir el menor alivio en sus penas, ni de desahogarse en gemidos, ni desatarse en lágrimas. Amor es este tan subido, que nosotros, como hombres que somos miserables, no tenemos idea alguna de él. El amor mas puro y mas ardiente siempre tiene alguna liga de la fragilidad del corazon donde habita. Pero supuesto que nosotros somos unos miserables pecadores; y María era madre

de un Dios, callemos, y llenemonos de asombro. Admiraremos una alma superior á los tormentos á que la expuso el amor que tenía á su hijo; una alma superior á los tormentos á que la expuso el amor que su hijo la profesaba.—*Neurville. Panegirico de Maria Santisima.*

## CAPITULO XIII.

*El rey de los Martires llamó á María al pie de la Cruz para que fuese la madre de los martires. Circunstancias particulares de el martirio de María y su admirable fortaleza. (a).*

(a) Veis tocados aunque ligeramente algunos de los tormentos del hijo; recordad el amor de la madre que los presencia, y formareis una idea, aunque imperfecta, de su dolor. Pero en María hay un amor mas fuerte que el de madre, el amor divino, el amor hacia Dios, y este le causa un dolor tanto mas vehemente, cuanto las pasiones de la gracia exceden á las de la naturaleza. Y en efecto este amor hacia Dios fué tan grande en la madre de Jesus, que segun un célebre doctor, ella solo fué la que en este mundo cumplió perfectamente, y segun el sentido literal aquel gran precepto del Salvador: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.* Amaras al Señor tu Dios de todo tu corazon; precepto que segun el doctor angélico solo en el cielo le cumplirán debidamente las demas criaturas. Y de tal modo le cumplió, que como dice un autor ascético, un tanto repetía los actos de caridad uno despues de otro, como hacen los demas santos, sino que con un afecto continuo estaba siempre amando actualmente á Dios, cosa pasmosa á la verdad en una pura criatura; pero que no es mas que uno de los muchos privilegios y prerogativas con que el Señor quiso distinguir á la que fué concebida sin mancha para que en sus entrañas concibiera al mismo Dios. Sus ojos pues como los de

una águila soberana estaban siempre fijos en el divino sol de justicia y contemplaban de continuo sus perfecciones admirables; de modo que como dice san Pedro Damiano, ni aun las acciones mas indispensables de la vida podian interrumpir un momento su amorosa contemplacion: *Adeo ut nec actio contemplationem minueret.* Pues estando así herida y abrasada siempre de este divino amor, ¿Porqué otra cosa habia de suspirar su corazon amante si no porque todas las criaturas se abrasasen en el fuego que á ella la consumia? O Dios, ¡qué dolor, qué angustia mortal seria la de su alma bendita, cuando en medio de estas ansias inexplicables viese tan inicuaente tratado por los hombres al que venia á salvar á los hombres! O madre del dolor, ¿Qué sentiais al ver con los ojos de la consideracion atado á una columna y azotado como vil esclavo aquel que lleva escrito en la orla de su vestido rey de reyes y señor de los que dominan? ¿Qué pasaba en vuestro corazon al ver tratado como loco y mentecato la sabiduría del Padre, al ver tratadras ante vuestros ojos aquellas manos poderosas para sacar del caos los cielos y la tierra, y aquella sangre preciosa, de cuyas gotas una sola era bastante para salvar mil mundos, pisoteada por aquellos mismos por cuya salud se vertia? ¡Ah! Los cielos y la tierra se conmueven á la vista de tan horrendo espectáculo; lloran amargamente los ángeles de paz; tiemblan desquiciados los fundamentos del mundo; el sol se oscurece y se estrepece el mismo infierno. Pues ¿Qué haria la madre de Jesus, que mejor que todos conocia la dignidad de la víctima que se estaba entonces sacrificando? Ella le amaba mas que todos los ángeles y los hombres; su dolor pues debió superar á todos los dolores juntos. Pues al dolor que le causa este su amor todo divino y celestial, unid ahora el que produce en su alma el amor de madre; y encontraremos un dolor tan intenso y

grande, que casi no cabe mas en una humana criatura: encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor, segun aquello que está escrito: *Ubi summus amor, ibi summus dolor*. Por eso no duda afirmar san Ildefonso que no se dice bastante cuando se dice que el martirio que este dolor causaba á Maria, sobrepunó á todo el dolor de los mártires juntos. Mas claramente se explica san Anselmo, quien asegura que los tormentos mas crueles ejecutados con los santos mártires fueron ligeros y realmente nada respecto del martirio de Maria. Y san Basilio dice que asi como el sol excede en resplandor á todos los demas astros, asi Maria con su dolor excedió los dolores de todos los demas mártires. Y qué extraño, católicos? Los mártires sufrían en su cuerpo, Maria sufre en su corazón. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de Maria, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved pues con cuanta razon nos pregunta esta angustiada señora si hay dolor que pueda compararse con el suyo. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*—*Biblioteca Religiosa.*—*Sermon de Fr. Vicente Hernandez sobre los Dolores de Maria Santisima.*

## CAPITULO XIV.

María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. (a)

(a) Al discípulo muy amado de nuestro Salvador, al querido Hijo de la santa Virgen, y al primogénito de los hijos, que Jesucristo le dió en la Cruz, toca el representarnos el misterio de esta maravillosa

fecundidad; y lo hace en el Apocalipsi por una excelente figura. „Apareció, dice, una gran señal en el Cielo; una muger cercada del Sol, que tenia la Luna á sus pies, y la cabeza coronada de Estrellas, y daba grandes gritos en los dolores del parto”. San Agustín nos asegura que esta muger es la santa Virgen y seria facil hacerlo ver por muchas razones convincentes. Pero como explicaremos este parto doloroso? Si sabemos, porque esta es la fé de la Iglesia, que Maria fué exceptuada de esta comun maldiccion de todas las Madres, y que parió sin dolor, como concibió sin corrupción, ¿Como explicaremos estas contrariedades aparentes?

Debemos entender dos partos de Maria: parió á Jesucristo, y parió á los fieles; quiero decir, parió al inocente y parió á los pecadores; pare al inocente sin fatiga; pero era menester que pariese á los pecadores entre dolores y penas; y os convencereis de ello, si consideráis atentamente á que precio los compra. Es menester que le cuesten su Hijo único: no puede ser Madre de los cristianos, sino entrega á la muerte á su muy amado; ¡O fecundidad dolorosa!—*Bosuet. Sermon I.º de los Dolores de Maria Santisima.*

## CAPITULO XV.

Cumplimiento de la profecia de Isaías que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y Maria, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. (a) (b).

(a) Qué objeto tan lastimoso es ese que se ofrece á vuestros ojos? no otro que al mismo Jesus agoviado con el grave peso de la cruz; que oprimido de se dediciosa muchedumbre de un pueblo furioso que se congratula bárbaramente de su inhumano triunfo, cac á

cada paso: seguidle por las sangrientas huellas que estampan sus sacrosantos pies, y acompañad á la víctima hasta el lugar del sacrificio, adonde llega desahogada, cubierta de su propia sangre, exhausta de fuerzas, y casi moribunda: ya la colocan y mandan tender sobre el ara, y el infierno emplea contra ella los últimos esfuerzos de su diabolico furor; porque los Escribas, los Fariseos, los Sacerdotes, los Pontífices, los ciudadanos y los extranjeros sacian su odio implacable con la ejecucion de esta escena tragica, prorrumpiendo en injurias y en blasfemias. Desquiciada la naturaleza se estremece, se turba, se trastorna, pierde y invierte sus leyes ordinarias; el sol retira su luz por no alumbrar tantas abominaciones; substituyese la noche en la mitad del dia; la muchedumbre sin convertirse huye desavorida. Acercate tú, alma, siguiendo la melancólica y palida luz que, repugnandolo, despiden las amortiguadas estrellas sobre esa tierra sacrilega, y busca á Jesus. Ahí le tienes, considerale y examínale despacio: *attendite & videte*. Contempla á ese Hombre-Dios anegado en un mar de tormentos, bañado de sus propias lágrimas y sangre, solo entre las tinieblas de una noche obscura: envía al cielo y á la tierra amargos suspiros, y nadie le oye: cuanto le rodea observa un triste y profundo silencio. Tú, alma pérdida, tú cristiano ingrato le has arrojado á este mar de dolores; no piensa sino en tí, ni teme ni tiembla sino por tí, ni llora, ni gime sino por tí y sobre tí. Los opresivos, los tormentos, los verdugos, la cruz, ahí como si no los padeciese; porque ni sabe ni quiere saber otra cosa que rendir vuestro corazón, carísimos oyentes míos, satisfacer por vuestros pecados, ofrecer por ellos una satisfacción superabundante, amaros, salvaros, cifrar todo su deleite en padecer y en morir por nosotros.

Tampoco yo, Dios mio, quiero saber otra ciencia: ni aspirar á otra dicha que á sacrificarme por vos. *Ospid*

que se descuenten del número de los dias de mi vida los que infelizmente he vivido sin amaros! yo os prometo, Señor, llorarlos eternamente sin consuelo, repitiendo sin cesar con Agustín penitente: *serote amari: tarde he empezado á amaros, ó Jesus crucificado; pero ya os amo y os amaré eternamente*. O cruz santa! ó cruz adorable! vendrá dia en que huirán de nosotros el mundo y sus honras, los deleites y los amigos; dia en que el grande, el rico, el sabio, y aun el monarca mas poderoso del universo, se verá desamparado de todos, y solamente acompañado de tí: tú serás puesta entre nuestras debiles y casi difuntas manos, tú serás aplicada á nuestros cárdenos labios, y moribundos ojos: oh y qué consuelo sentirá entonces una alma que haya vivido crucificada contigo! O Dios mio! nada apetezco, nada anhele, sino vivir y morir á la sombra de tu Cruz: esta gracia es el único objeto de mis deseos: dignate concedernosla, á mi y á este auditorio devotísimo. — *Neuille. Sermon de Pasion.*

(b) Cristianos, hijos de María; pero hijos de sus penas, hijos de sangre y de dolores, ¿podreis oír sin lágrimas los males que habeis causado á vuestra Madre? ¿Podreis olvidar los ayes con que os ha dado á luz? El Eclesiástico decia en otro tiempo: „No olvides los gemidos de tu Madre:” *Genitus Matris tuae ne obliviscaris*. Cristiano, hijo de la Cruz, á tí se dirigen estas palabras: cuando el mundo te atrae con sus deleites; para desviar la imaginacion de sus perniciosas delicias, acuérdate de las lágrimas de María, y nunca olvides tus llantos de esta caritativa Madre: *Genitus Matris tuae ne obliviscaris*. En las violentas tentaciones, cuando ya casi te falten las fuerzas, que balancen tus pies del camino recto, que la ocasion, el ejemplo, ó el ardor de la juventud te estreche, no olvides las lágrimas de tu Madre: *Ne obliviscaris*. Acuérdate de las lágrimas de María, acuérdate de los crueles dolores con

que rasgaste su corazón en el Calvario, dejate penetrar del grito de una Madre. ¿Miserable en qué piensas? ¿Quieres erigir otra cruz para clavar á Jesucristo? ¿Quieres mostrar á María crucificado su Hijo otra vez? ¿Quieres coronar su cabeza de espinas, pisará su vista la sangre del nuevo testamento, y con un tan horrible espectáculo, abrir de nuevo todas las heridas de su amor materno? No permita Dios, hermanos míos, que seamos tan desnaturalizados. Dejémosos penetrar de los gemidos de María.

Hijos míos, nos dice, hasta aquí nada he sufrido, por nada cuento todos los dolores que me han afligido en la Cruz; el golpe que me dais con vuestras culpas, es el que verdaderamente me hiera. He visto morir á mi amado Hijo: mas como sufría por vuestra salvación, yo misma quise iumolarle, y bebí esta amargura con gusto. Hijos míos, creed á mi amor: me parece que no sentí aquella herida, cuando la comparo á los dolores que me causa vuestra impenitencia. Cuando veo que sacrificáis vuestras almas al furor de Satanás; cuando veo perder la sangre de mi Hijo haciendo inútil su gracia, hacer un juguete de su Cruz con la profanación de sus Sacramentos, ultrajar su misericordia, abusando tanto tiempo de su paciencia; cuando veo que añadís la insolencia al delito, que en medio de tantos pecados despreciais el remedio de la penitencia, ó que lo convertís en veneno con vuestras continuas recaídas, amontonando sobre vosotros tesoros de odio y de furor eterno con vuestros endurecidos e impenitentes corazones: entonces me siento herida en lo mas íntimo, esto es, hijos míos, lo que traspasa mi corazón, y me arranca las entrañas.

Reparad, hermanos míos, en lo que María os dice en el Calvario. Estos gritos, estas palabras son las que oiréis resonar en todos los ángulos de este monte, si os acercáis á él en estos santos días. A este lugar

os convido todo este sagrado tiempo de la pasión: Aquí la sangre y las lágrimas, los crueles dolores del Hijo, la compasión de la Madre, la rabia de los enemigos, la consternación de los discípulos, los gritos de las mugeres piadosas, las blasfemias que vomitan los judíos, la voz del ladrón que pide perdón, la de la sangre que solicita misericordia, la de vuestros pecados que provoca la justicia, harán en vuestros corazones impresiones propias, para hacernos entrar en los sentimientos que os piden los grandes misterios que se obran para vuestra redención: y despues de haber recogido el fruto, y haberlos cumplido en vosotros, recibiréis la consumación en la Gloria, que os deseo.—*Bosuel. Sermon 1.º sobre los Dolores de María Santísima.*



*Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santísima de los Dolores.*

El Sumo Pontífice Clemente XII por su decreto de 4 de Febrero de 1736: el Sr. Benedicto XIV por su decreto de 14 de Julio de 1757, y el Sr. Pio VI por su decreto de 8 de Julio de 1785 concedieron indulgencia plenaria á todos los fieles que, despues de haberse confesado y recibido la sagrada comunión, en cualquiera dia del año, mediten una hora en los Dolores de la Santísima Virgen: tambien las conceden á los que empleen el mismo tiempo de una hora en oraciones relativas á aquel objeto, como la corona de los siete Dolores ó cualquiera otra de las oraciones aprobadas por la Igle-



sia: esta indulgencia es aplicable á las almas del Purgatorio. *Diccionario de indulgencias publicado por el Abate Migne.* Tomo 27 de su Enciclopedia Teológica, pag. 770.

El Sr. Pio VII durante su cautividad en Savona y en Fontainebleau no cesaba de recomendar la devoción hácia nuestra Señora de los Dolores, indicando su fiesta como el día de su libertad y el de la de la Sante Iglesia Católica. Efectivamente en 1814 el día de la fiesta de los Dolores de María Santísima se abrieron las puertas de su prision y fué restituido á sus súbditos. De vuelta á Roma publicó el 18 de Noviembre de 1814 un decreto mandando que en lo sucesivo, á mas de la fiesta que se celebra en todas partes el Viérnes de Pasion, se celebrase solemnemente en toda la Iglesia otra fiesta en honor de los Dolores de la Santísima Virgen el Domingo 3<sup>o</sup> de Setiembre: el mismo papa concedió á los devotos de María Santísima de los Dolores otras muchas gracias é indulgencias que pueden verse en el citado Tomo 27 de la Enciclopedia Teológica, pag. 474.